

# Presentación

Presentation

**Elisa Cabrera García**

Universidad de Granada

**Sebastián Hernández Toledo**

Pontificia Universidad Católica de Chile

Parte importante de la historiografía política del siglo XX y XXI ha utilizado el concepto de “militancia” asociándolo a las lógicas partidistas. De hecho, es significativo que la primera definición que da Oxford Languages del término es la “pertenencia de una persona a un grupo o una organización, especialmente a un partido político”. En esa línea, académicos dedicados a investigar sobre partidos, movimientos políticos y circulación de ideas como procesos centrales en la conformación del Estado, han incluido nuevas prácticas militantes, aunque siempre vinculados a una perspectiva partidista. La constante reflexión en torno a este concepto dio inicio a un período de alta producción historiográfica con una renovación de parámetros teóricos y metodológicos basado en nuevos sujetos y objetos de estudio que han generado una nueva historia política que, poco a poco, comienza a retomar su espacio de debate respecto a las formas de producir Historia.

Un importante aporte a la reformulación conceptual de la idea de militancia fue la reflexión hecha por Pierre Rosanvallon en el año 2003, quien definió la “cultura política” como “el modo de lectura de los grandes textos teóricos, la recepción de las obras literarias, el análisis de la prensa y de los movimientos de opinión, el destino de los panfletos, la construcción de los discursos de circunstancias, la presencia de imágenes, la impronta de los ritos e, incluso, el rastro efímero de las canciones” (p. 48). Si bien, aquí nos posicionamos desde la crítica hecha por Alan Knight, quien señala que este concepto es una herramienta disfuncional que no permite desentrañar las diferentes dimensiones, ideas y comparaciones que explican un proceso político (2005, pp. 25-27), es necesario comprender que Rosanvallon entrega nuevas pistas sobre cómo, a partir de una metodología político-intelectual basada en la recepción, comprender las prácticas militantes.

A partir del siglo XXI, la idea de militancia dejó de ser un concepto monolítico y fue integrando nuevas dimensiones que permitieran comprender a otros sujetos que no se habían sido analizados con anterioridad en la historia política. En ese sentido, la historiadora ruso-chilena Olga Ulianova comprendió la idea de militancia como “formas de recepción y de relación con el mundo de las ideas por parte de distintas subculturas y generaciones [...] las motivaciones y los

significados de la acción política como un sentido y proyecto de vida, más allá de las ‘estrategias y tácticas’” (2009, p. 12). Es decir, bajo esta perspectiva se debía abrir el análisis a nuevos lenguajes y prácticas, muchas veces ignoradas en los estudios enfocados al sistema partidista tradicional.

Posteriormente, en el año 2011, Rolando Álvarez señaló que la cultura política es “un cierto modo de vivir la militancia política” agregando que “la importancia que tiene para definir a la cultura política es el estilo político, es decir la manera de llevar a cabo la práctica política” (p. 23). Así, ya no solo había que centrarse en el estudio del partido político o del intelectual, sino que también era necesario comprender las prácticas de los sectores populares adheridos a una organización, quienes bajo sus perspectivas e imaginarios específicos formulan una identidad política particular que adoptan como un sentido de vida.

Una corriente historiográfica central para comprender este nuevo modo de entender la militancia son los estudios sobre los movimientos feministas que han empleado, sistemáticamente, definiciones amplias de militancia ya que los grupos y las acciones que nacen de esta adherencia ideológica son enormemente heterogéneos. En este sentido, Karen Cordero e Inda Sáenz señalan que,

Es fundamental reconocer que el feminismo no es [...] un dogma ni una teoría homogénea, sino una forma de ver y analizar el mundo tomando en cuenta la primacía de las relaciones de género como relaciones de poder, que estructuran tanto aspectos ‘objetivos’ como ‘subjetivos’ de la realidad social y cultural, así como la conciencia y la vivencia corporal y psicológica (2002, p. 7).

La militancia feminista, como algo que se ejerce las 24 horas del día, atraviesa todo tipo de prácticas. Debido a esta característica, sus formas no son rígidas y sus banderas de lucha siempre están en disputa. Es por ello que el feminismo siempre se ha concebido como un espacio de reflexión y redefinición. La noción fundamental de ‘redefinición’ nos permitirá estudiar acciones políticas de muy diversa índole como prácticas militantes y encuadrarlas dentro de diferentes procesos políticos y protagonistas muy diversos. Debemos considerar en este sentido, como anota Gisela Espinosa, que los movimientos políticos,

[no] están definidos desde el inicio, de una vez y para siempre, sino que se construyen en el proceso, que en cada espacio y tiempo se vive desigualdad y subordinación genérica de modos peculiares, lo que se expresa en agendas políticas específicas, en formas creativas y novedosas de resistencia y lucha (2009, p. 22).

A partir de lo anterior, creemos que el concepto de militancia permite ampliar los márgenes de las prácticas políticas asociadas, sin tener que justificar su estudio con la idea de una supuesta “cultura política”. Basta con comprender que la vida cotidiana, las diversas profesiones, las expresiones artísticas, los viajes y los estudios académicos se vinculan, bajo esta perspectiva, al compromiso político. Estas experiencias pueden reflejar redes, disputas ideológicas y proyecciones transnacionales que hacen que el o la “profesional de la política” expanda su campo de acción a escenarios alejados del partido o la estructura.

El objetivo del presente dossier es proponer nuevos abordajes y temáticas donde la participación y politización de diversos actores y procesos confieran historicidad al concepto de militancia en varios países latinoamericanos durante el siglo XX. Desde este punto de partida, se podrán observar a continuación trabajos que se aproximan a diferentes temáticas y que entrecruzan lo íntimo con la militancia política clásica. Por ejemplo, las diferentes formas de militancia dependiendo de la trayectoria personal se podrán observar en la investigación de Federico Martín Vitelli, quien analiza las formas de retorno y su inclusión al debate político de los profesores exiliados en Bahía Blanca y La Plata entre 1939 y 1978.

Respecto a la elaboración de nuevas estrategias visuales de lucha y difusión de ideas, Israel Rodríguez presenta las prácticas de intervención política a través del cine militante en México durante los años setenta, los principales debates, así como su formación y desintegración de los colectivos en las décadas siguientes. Por su parte, Irene Valle estudia el video arte no solo como una mera práctica audiovisual, sino como una herramienta política a través de la cual se identifican las resistencias y la difusión de discursos alternativos al panorama político vigente en el México de la década de 1990. El artículo de Elisa Cabrera caracteriza el tránsito de un primer modelo de militancia del feminismo mexicano que, después de la revolución, se enmarcó en la institucionalidad política y se concentró en la lucha por los derechos civiles y políticos de las mujeres, a un segundo momento que, después del movimiento estudiantil de 1968, abarcó temas amplios asociados a la reproducción de las desigualdades de género en el ámbito privado. Para ello, la autora advierte los cruces dados entre los feminismos y las manifestaciones estéticas atendiendo éstas como estrategias que permitieron un desplazamiento de los modos de militancia entre un momento y otro.

Sectores sociales excluidos del debate político propusieron nuevas ideas y agendas políticas, estableciendo nuevas alianzas, nuevos partidos políticos u otras formas de lucha que los dejen entrar al debate público hegemonizado por partidos tradicionales. En esa línea, Jaime Navarrete presenta un análisis sobre la noción “etno-partidaria” a través de la experiencia militante del movimiento mapuche y sus alianzas específicas con la izquierda chilena durante la década de 1960. Por último, Sebastián Hernández analiza el latinoamericanismo y la militancia universitaria a partir del conflicto de Tacna y Arica durante la década de 1920, poniendo énfasis en un diálogo constante entre las tratativas de gobierno para resolver el conflicto diplomático y los discursos antinacionales de los jóvenes universitarios chilenos.

En definitiva, el objetivo último de este dossier es acometer la noción de militancia política desde una perspectiva lo más ampliada posible que dé cuenta de la diversidad de formas de participación ciudadana en la vida política y social de una comunidad, en tanto que implique compromiso y dedicación a unos objetivos de emancipación específicos. Buscamos alejarnos de la limitación que supone pensar la práctica militante únicamente como la participación en estructuras partidistas y procesos formales, reconociendo otra serie de prácticas que atravesaron la vida cotidiana de las y los protagonistas del dossier.

## Bibliografía

- Álvarez, R. (2011). *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura, 1965-1990*. Santiago: LOM.
- Cordero, K. y Saenz, I. (comps.) (2007). "Introducción". En *Crítica feminista en la teoría e historia del arte* (pp. 5-13). México: Universidad Iberoamericana · Programa Universitario de Estudios de Género · FONCA.
- Espinosa, G. (2009). *Cuatro corrientes del feminismo en México. Diversidad de rutas y cruce de caminos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Knight, A. (2005). "Is political culture good to think?". En Nils Jacobsen y Cristóbal Aljovín (eds.), *Political culture in the Andes, 1750-1950* (pp. 25-57). Durham: Duke University Press.
- Rosanvallon, P. (2003). *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ulianova, O. (2007). *Redes y militancias políticas. La historia política está de vuelta*. Santiago: Ariadna · Universidad de Santiago de Chile.